

batado por el pecado; su acción se extenderá «a todo pueblo, tribu y nación»; y perdurará para siempre, ya que «su reino no tendrá fin».

5º Y ¿quién es la Madre de este Infante?

Es evidente que, si el Mesías viene a nosotros en condición de Infante y de Hijo, tiene que hacerlo a través de una Madre. También sobre Ella vaticina Isaías, aunque en otra profecía, tan célebre como la presente:

*«He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo,
y le pondrán por nombre Emmanuel, esto es, Dios con nosotros»
(Is. 7 14).*

Con estas dos profecías tenemos ya completo el misterio de la Navidad: María, habiendo hecho voto de virginidad a pesar de estar casada con San José, recibe la embajada del ángel de que ha sido elegida para ser la Madre del Mesías. Es Ella la que *para nosotros hará nacer a este Párvulo*, la que *nos dará a este Hijo*, sobre el que recaerán tan grandes y divinos títulos.

Conclusión.

Dos gracias debemos pedir a Dios durante el tiempo de preparación a la Navidad, y en el tiempo mismo de la Navidad:

1º Ante todo, la gracia de **crecer en vida divina**, en la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Si el Verbo asume nuestra *vida humana*, es para comunicarnos su *vida divina*. Si viene a ser nuestro *Consejero*, es para que escuchemos, meditemos y pongamos en práctica su doctrina. Si viene a ser *el Padre del siglo futuro*, es para que nos dejemos regenerar por su gracia. Si viene a ser *el Príncipe de la paz*, es para que rechacemos lejos de nosotros el pecado, que destruye nuestra paz con Dios. Esperemos ansiosos su venida, con los grandes deseos de los justos del Antiguo Testamento, y apliquémonos luego a conocer internamente a este divino Infante, a amarlo más ardientemente, para que este amor nos lleve a su imitación.

2º Y luego, la gracia de **crecer en devoción e intimidad con Nuestra Señora**. Los misterios de Navidad nos manifiestan de manera conmovedora cómo toda la obra de nuestra divinización se hace por María. Si Jesús quiere hacerse nuestro Salvador en el estado de *Hijo de María*, es para inculcarnos a nosotros la obligación de recibir los frutos de su redención en el estado de *hijos de María*. La Santísima Virgen es, por ese motivo, el personaje principal del tiempo del Adviento; Ella es la encargada de preparar nuestras almas para recibir a su divino Hijo en la fiesta de la Navidad.

Que Ella nos conceda estas dos gracias, y colme en la Navidad nuestras almas de dones y bendiciones celestiales.

Explicación de la profecía de Isaías sobre el Mesías Infante

*«Hermanos: todas las cosas que han sido escritas,
han sido escritas para nuestra enseñanza, a fin de que,
por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengamos esperanza»
(Rom. 15 4-5, en la epístola del 2º domingo de Adviento)*

El tiempo de Adviento es figurativo de los cuatro mil años que van desde la creación y pecado del hombre hasta la venida del Redentor. Y una característica domina todo este tiempo en la mente de Dios, y es la promesa del futuro Salvador, que Dios va dando a conocer a la humanidad a través de los profetas. San Juan Bautista, entre todos, tiene el privilegio de ser el profeta que no anuncia al *Redentor venidero*, sino que manifiesta al *Redentor ya venido*; y así cierra toda la serie de testimonios en favor del Mesías.

No hay tal vez cosa más impresionante en el Antiguo Testamento que este anuncio claro, no sólo del envío del Mesías, sino incluso de los más pequeños detalles de su misión redentora. Será descendiente de Abraham y de David; nacerá en Belén de una madre virgen; morará en Nazaret y comenzará su obra en Galilea; será el gran Maestro de las gentes, y confirmará su doctrina con muchísimos milagros; entrará en el templo sentado sobre un pollino, y será vendido por treinta monedas; sufrirá una amarguísima pasión, traicionado por uno de los suyos, flagelado y crucificado, y morirá entre malhechores; su sepulcro será glorioso, y su cuerpo no sufrirá la corrupción; establecerá una nueva alianza, y fundará la Iglesia...

Mas, entre todos los profetas, descuella Isaías, a quien podemos llamar con justicia el águila del Antiguo Testamento. En efecto, al igual que San Juan, que remonta rápidamente el vuelo para contemplar la divinidad de Cristo, también Isaías, 800 años antes de su venida, se remonta tan alto, que ve: • su nacimiento virginal; • su plenitud de los siete dones; • su pasión; • su realeza universal y eterna; • su Iglesia.

Pues bien, entre las profecías de Isaías, hay una que parece resumir los principales rasgos del Mesías, y toda la economía de la redención:

*«Ha nacido un Parvulito para nosotros, y se nos ha dado un Hijo,
el cual lleva el principado sobre sus hombros;
y tendrá por nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte,*

*Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz.
Se multiplicará su imperio, y la paz no tendrá fin»
(Is. 9 6-7).*

1º «Ha nacido un chiquito para nosotros, y un hijo nos ha sido dado».

En esta profecía se nos habla de los felices acontecimientos producidos por el nacimiento de un Niño, de un Hijo, que en el contexto de la profecía es el **Enmanuel**, el Dios con nosotros, el Mesías prometido. El profeta, viendo ya como presente el día de su llegada, pasa a descubrirnos quién será ese Enmanuel, ese Mesías, que va a nacer **para nosotros**, que nos va a ser dado **a nosotros**, y lo hace con los nombres y títulos más expresivos. Una gran revelación se nos hace ya, que nos muestra la gran suavidad de la economía redentora: el Mesías, el Redentor prometido, vendrá a nosotros, no como un Juez implacable, sino como un **Infante**: nacerá de Mujer, será uno más de nosotros, haciéndose **hombre**, para hacernos a nosotros dioses.

2º «Y lleva sobre sus hombros el principado».

Mas no será un Infante cualquiera, un hombre como los demás: sino que ese Niño, ese Párvulo que nos será dado, nacerá **Rey, Príncipe y Señor de cielos y tierra**: tal es el primero de los atributos y de los nombres del Enmanuel. Será Rey, no sólo de Israel, sino de todas las naciones, de todas las gentes, pues para todas ellas vendrá.

Y será Rey por la **cruc**, que un día deberá llevar sobre sus hombros. Eso mismo nos sugiere en el Adviento el himno de Vísperas:

*Commune qui mundi nefas
Ut expiaries, ad crucem
E Virginis sacrario
Intacta prodixit victima.*

Tú, para expiar el pecado del mundo,
desde el seno de la Virgen
vas al encuentro de la Cruz
como víctima pura.

3º «Y se lo llamará Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz».

A continuación se le dan seis nombres a ese Párvulo: **Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz**. San Bernardo, comentándolos, dice muy acertadamente: «*Admirable es en su natividad, Consejero en su predicación, Dios en su acción, Fuerte en su pasión, Padre del siglo venidero en su resurrección, Príncipe de la paz en la eterna bienaventuranza*».

• «Admirable» en su natividad.

Admirable será ese Párvulo por su concepción virginal en el seno de María Santísima, por obra del Espíritu Santo, sin concurso de varón; **admirable** será por la unión hipostática, en que la divinidad se une a la humanidad, y en que Dios,

sin dejar de ser Dios, empieza a ser hombre; **admirable** será por haber sabido compaginar perfectamente los derechos de la divina justicia con los de la divina misericordia: la primera quedará satisfecha por la expiación que ofrecerá en la Cruz, y la segunda por la redención que ofrecerá a los hombres para que puedan ser salvos.

• «Consejero» en su predicación.

Consejero es llamado el Enmanuel, porque cumplirá el gran **Consejo** de la Trinidad de reparar al hombre perdido; y porque enseñará a sus súbditos el camino más excelente, los secretos y los misterios de Dios, y las cosas que son necesarias para su salvación, como los preceptos y mandamientos divinos. Ese **Consejero**, sin embargo, no se limitará a enseñarles con palabras, sino que lo hará sobre todo dándoles el ejemplo de todas las virtudes.

• «Dios» en su acción.

Gran revelación se nos hace aquí: el futuro Mesías, el Salvador del mundo, no será un puro hombre, sino que, naciendo Párvulo, será **Dios** a la vez. Isaías ya había profetizado que la gran señal que Dios iba a dar al mundo era el «**Enmanuel**», que significa «Dios con nosotros».

• «Fuerte» en su pasión.

Fuerte será ese Niño, porque tendrá que cargar los pecados de todo el mundo; valientemente, sin abrir su boca, cual cordero inocente, será conducido por causa nuestra a la más ignominiosa de las muertes. **Fuerte** será, porque ha de derribar el poder del demonio, «**el fuerte armado**», y darnos a nosotros la fuerza para vencer a todos nuestros enemigos. **Fuerte** será, porque es Juez de vivos y muertos, y regirá a las naciones con vara de hierro, condenando potentemente a los poderosos del mundo que no hayan querido sometersele.

• «Padre del siglo venidero» en su resurrección.

Será **Padre del siglo venidero**, o Padre de la eternidad, porque es eterno en su divinidad, y porque nos engendrará para una vida eterna. Adán nos engendró para el tiempo, Cristo para la eternidad; Adán nos engendró para la muerte, Cristo para la resurrección; Adán nos engendró para la tierra, Cristo para el cielo.

• «Príncipe de la paz» en la eterna bienaventuranza.

Será **Príncipe de la paz** porque devolverá la paz a nuestras conciencias, reconciliando a Dios con el hombre y al hombre con Dios, y dándonos incluso una paz exterior, la paz del reino de Cristo, que sólo tendrá su perfecta realización en la gloria, pero tiene ya su anticipo en la civilización cristiana.

4º «Se multiplicará su imperio, y la paz no tendrá fin».

Con estas palabras, el profeta Isaías confirma que el reino del Enmanuel será **universal** y **eterno**. Se trata, pues, de la catolicidad y perpetuidad de la obra redentora: ese Párvulo viene a reconquistar lo que ya le pertenecía, pero le fue arre-